El Desafío que Afronta América Latina

Por Raúl Prebisch

Estas notas constituyen el prólogo a un volumen publicado en enero de 1962 por la Oficina de Información Pública de las Naciones Unidas (OIP), con respecto a las actividades y programas de ayuda técnica y financiera que los diversos miembros de la familia internacional de las Naciones Unidas adelantan en América Latina.

ESTOS son años decisivos para el futuro económico, social y político de América Latina y sus relaciones con el resto del mundo.

Nos encontramos ante una de las más difíciles encrucijadas de nuestra historia: peligrosas tensiones sociales latentes de tiempo atrás están ahora aflorando y agudizándose debido, en gran medida, a que el desarrollo económico general de esta región se ha debilitado considerablemente en los últimos años.

En lugar de estrecharse, se está ampliando la diferencia, ya muy grande, entre el ingreso de nuestros pueblos y el de los centros industrializados. A ello hay que agregar un hecho todavía más inquietante: lejos de disminuir, parecería estar acentuándose la notoria disparidad en la distribución del ingreso en algunos de nuestros países, sin que sean ajenas a este problema aquellas pocas naciones latinoamericanas donde la tasa de desarrollo ha sido relativamente satisfactoria.

Por otra parte, al no absorberse productivamente una proporción apreciable de la población activa, sigue ahondándose el malestar, sobre todo en los campos, de donde surgen nuevas olas de desocupación que luego inundan las ciudades, agravando las serias condiciones allí existentes.

Faltan hospitales y viviendas, escuelas y maestros; escasean los médicos y las enfermeras, especialmente en las zonas rurales. No hay suficientes técnicos y obreros calificados. Persiste, en cambio, y se agranda en muchos casos el analfabetismo.

Si bien es cierto que no son pocos los esfuerzos loables que los países latinoamericanos han adelantado esporádicamente con el propósito de vencer estos u otros problemas afines, son numerosas también las oportunidades que se han perdido de corregir decisiva y sistemáticamente las fallas estructurales que, a más de retardar la solución fundamental de dichos problemas, constituyen la verdadera causa y origen de la mayoría de ellos.

Hoy es indispensable, es urgente, no desperdiciar oportunidades en este sentido; acaso no quedan muchas más.

Es posible que en otros tiempos la pobreza, las enfermedades y el analfabetismo hayan sido no sólo soportados sino hasta aceptados pacientemente por los grupos menos privilegiados que carecían en ese entonces de toda base para concebir siquiera una vida mejor. Pero esa actitud pasiva ha cambiado radicalmente, aun en las aldeas más remotas. Hay un despertar de profundos anhelos en millones de latinoamericanos en quienes ahora está cada vez más arraigada la convicción de que la indiferencia y la ignorancia no son inevitables. Al contrario, esperan con avidez que mejore sustancialmente su forma de vida en un porvenir no muy distante.

Doscientos millones de habitantes, al bordear nuestras naciones el siglo y medio de vida independiente, y, probablemente, otros 100 millones en apenas quince años más, son cifras de por sí elocuentes como para indicar la magnitud del problema que tenemos por delante. Jamás en la historia se había dado el caso de un grupo de países que tuvieran la imperiosa necesidad de tecnificar su agricultura y acelerar su industrialización y se vieran obligados a hacerlo frente a una tasa extraordinaria de crecimiento demográfico.

No debe extrañar, por ende, que en esta región se estén manifestando intensas turbulencias sociales. Ni debe sorprender tampoco que América Latina esté entrando en un verdadero e irreversible proceso de transformaciones revolucionarias. El problema no está en si podrá o no detenerse este proceso sino en quiénes lo cumplirán y cómo se cumplirá.

Al respecto, es de particular importancia que las vigorosas medidas que deben tomarse permitan atraer y dar oportunidades de acción constructiva a las nuevas generaciones latinoamericanas, especialmente a aquellos elementos dinámicos en sus filas que son los dirigentes de mañana, los hombres que van a tener grandes responsabilidades en las distintas actividades de la técnica, la economía, la política y la vida sindical. De otra manera se agudizarán las tensiones y se creará un explosivo sentido de frustración en las nuevas generaciones, y el incontenible impulso de transformación de la América Latina podría desbordarse entonces en formas quizás no siempre conducentes al bienestar económico y social ni a la estabilidad política deseadas.

No es que veamos signos fatídicos en el muro bíblico de América Latina; pero sí advertencias —y advertencias muy serias— de que debemos redoblar los esfuerzos por combinar una serie de amplios programas de colaboración técnica y financiera internacional con fundamentales transformaciones de la estructura económica y social.

Afortunadamente, estas ideas —al igual que otros conceptos como el de la planeación del desarrollo y el de la integración económica que tan persistentemente ha preconizado la CEPAL desde sus primeros años— a buena hora están comenzando a concretarse. Es alentador, en este sentido, ver el nuevo giro que está tomando la política de cooperación financiera internacional con relación a América Latina. Es alentador, asimismo, saber que se empieza a prestar mayor atención en los centros industrializados al problema de la estabilidad de los precios de las exportaciones primarias tradicionales de esta región; y también se comprende mejor su necesidad de avanzar resueltamente hacia el mercado común latinoamericano.

Mas no hay que engañarse; por ingente que fuera la colaboración externa puesta en juego a la luz de esta nueva política —y dicha ayuda no puede ser ilimitada— debe prevalecer la firme convicción de que el desarrollo satisfactorio de América Latina tiene que ser obra de los propios pueblos latinoamericanos y de sus dirigentes, de su determinación de introducir cambios profundos en la estructura económica y social para apartar los obstáculos considerables que se le oponen.

Hay que actuar consciente y deliberadamente sobre esa estructura. Entre otras, se requieren medidas de fondo para: modificar el arcaico régimen de tenencia del suelo; transformar el módulo pretérito de comercio exterior; tecnificar y vigorizar la producción interna haciéndola más económica y competitiva; corregir grandes desigualdades en la distribución del ingreso; aumentar la acumulación del capital a expensas de las disparidades del consumo; ampliar la educación y capacitación técnica de las masas populares; estimular la movilidad social e imprimir el máximo de eficacia dinámica a la iniciativa individual latinoamericana.

La tarea por cumplir ciertamente es vasta, difícil y compleja. Su realización probablemente variará de país a país, y aun de zona a zona dentro de un mismo país, de acuerdo a las diferencias y circunstancias que allí prevalezcan.

Pero en ningún país se solucionarán las tensiones sociales con meros paliativos que las alivien.

Después de años de investigación y estudios, ya sabe bien América Latina lo que tiene que hacer. Sabe que el desafío que tiene que afrontar ineludiblemente en los próximos años, en la construcción de una nueva y sólida estructura económica y social que permita acelerar e impulsar vigorosamente el crecimiento económico latinoamericano desde adentro, en la medida que lo exigen las apremiantes circunstancias del momento que vivimos.